

## **CRONOPIOS\***

Abdón Ubidia

Cortázar es un cronopio. Un cronopio está hecho de tiempo. Pero no cree en él. No le pesan ni el pasado ni tampoco el futuro. Le importa el presente. Lo que ocurre entre el pasado y el futuro. Nada más. Es un existencialista juguetón. Le gusta lo alegre y ligero de la vida. A su modo, ama la superficialidad, por lo cual sospechamos que está hecho de profundidades. Un cronopio se juega en el juego. Es un jugador contumaz. Cortázar es un jugador. Como el filósofo Huizinga, cree que todo nace del juego: el arte, la matemática, las leyes, la propia cultura. El juego es anterior a ellos. La prueba es que los animales lo practican. Solo que el de los humanos tiene reglas. Y en él se puede ganar o perder. Los cronopios de Cortázar siempre juegan a perder. Porque, en el mundo real, serio, solemne, institucional, sus reglas no convencen, a nadie. Allí solo cuentan el poder, el dinero, la «fama» desde luego. Jugar por jugar es allí un juego perdido. Y los artistas y los soñadores están por eso condenados. Lo prueban los héroes de Cortázar. Todos, grandes perdedores: el Johny de *El Perseguidor*, el Horacio Oliveira de *Rayuela*, cuántos más. Ellos saben bien que no hay manera de ganar en el mundo de los hombres de provecho. Y lo que es más grave: no hay manera de ganarle a la vida. Por eso es mejor jugar sin preocupaciones: gozar el juego: ser un auténtico cronopio.

Julio Cortázar es un cronopio que hace de cada libro, para variar, un juego: *Los premios*, *62 modelo para armar*, *Pacos y meopas*, *Historias de crono-*

\* Este texto, como el de Iván Oñate, fueron leídos en el marco del encuentro «Julio Cortázar: un cronopio que no muere», organizado por el Área de Letras de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, el martes 16 de noviembre de 2004, en tributo a los 20 años de la desaparición física del novelista argentino. También intervinieron los escritores: Raúl Pérez Torres y Fernando Artieda.

*pios y de famas*, su primer libro se llama justamente así: *Final del juego*. Y su mayor novela: *Rayuela*. Aquellos títulos lo dicen todo. No necesitamos juntar más pruebas. Quizá una más: su amor por la música y por el jazz, especialmente. Vista bien, o mejor: leída bien, la mentada nouvelle, *El perseguidor*, es una formidable pieza de jazz. Y no solo por el tema. Más bien por el estilo y quizá por el caprichoso tiempo verbal, el participio pasado, en el que está narrada enteramente. En ese estilo musical está el más puro Cortázar. Esa cadencia de sus frases, esa sensualidad, ese ritmo, esas armonías y *leitmotiv* tan libres y, a la vez, tan articulados.

Pero si, en *El Perseguidor*, el músico Cortázar, el trompetista, que también lo era, y muy bueno, apuesta a la música, en *Rayuela* juega a la literatura más pura: uno brinca de capítulo en capítulo, dentro de una auténtica rayuela hecha de textos que explotan las posibilidades expresivas más audaces del relato castellano, tal como lo hizo el *Ulises*, del autor que sabemos en el idioma que también sabemos; y brinca con una facilidad sospechosa del plano físico al metafísico; y brinca del lado de acá al de allá y a otros lados, del París de los migrantes al Buenos Aires de los porteños mínimos y dulces, que también los hay (y si Cortázar lo dice, así será...) y brinca, por sobre todo, azarosamente, de la casa (en el sentido rayuelístico del término, se entiende del cronopio Oliveira, tan intelectual y perdido, el pobre, a la de la Maga, la *cronopía* nada intelectual, aunque no menos perdida; o, al otro lado del océano, a la casa de los cronopios Talita y Traveler, y brinca a la casilla del pequeño Rocamadour, el hijo de la Maga, muerto en su cuna de niño, con lo cual el edificio entero de *Rayuela*, esa catedral ultramoderna que es esa novela, se estremece y sacude y, de pronto, ese sismo brinca también, pero fuera de la novela, hacia el lector, cuyo corazón se rompe de pena y de ternura por el pobre Rocamadour, sí, de acuerdo, pero también por la Maga, ya huérfana de su hijo, y por el pobre Horacio Oliveira, incapaz de entender la vida ni de estar nunca a la altura de las circunstancias, y el corazón roto del lector que ya ha dejado de ser, con toda seguridad, el corazón de la Esperanza o del Fama que fuera hasta ese momento, ya solo es el corazón de un cronopio más que se muere de compasión por todos los Oliveiras y las Magas y Rocamadours del mundo y por él mismo, pues se estará preguntando: por qué mierda la realidad real es así, por qué la gente se muere y los amores se acaban; por qué diablos esa novela tuvo que acabarse; por qué todos los juegos tienen que acabarse, dejándonos otra vez solos, en el desamparo de los estadios vacíos y los ajedrecistas sin tablero y la propia vida que no siempre puede llenarse con algo tan serio, tan importante como es, claro está, cualquier, pero cualquier juego. ❀